



El panorama militar europeo

Por EDUARDO PRADO CASTRO.

Coronel de la Escala del Aire.

En artículo anterior (REVISTA DE AERONÁUTICA número 135) procuramos estudiar con objetividad el panorama europeo ante el rearme y las repercusiones de tipo económico y político que ello envolvería. Una vez escrito, la prensa trajo el proyecto del presupuesto presentado por el Presidente Truman al Congreso Americano para el año fiscal 1952-53.

En él, más de las tres cuartas partes de los gastos totales están destinados a los programas de defensa: servicios militares, seguridad internacional, desarrollo de la energía atómica, producción de guerra, marina mercante, defensa civil, etc. El nuevo presupuesto americano destina para la defensa casi cinco veces lo de los demás países de la Organización del Norte del Atlántico

juntos. Las otras once naciones de la NATO se disponen a gastar 10.457 millones de dólares, frente a 51.500 millones que Truman ha pedido, rebajando, por razones de tipo político (nos encontramos en año de elección presidencial) una importante cantidad, ya que el año anterior pidió 65.000 millones.

Pocos días después, en París, el General Eisenhower recibía a los periodistas acreditados ante su Cuartel General y les decía lo siguiente: "No veo la amenaza de una guerra global inmediata provocada por la Unión Soviética, pero no descarto que esta amenaza no exista a la larga."

"Muchos de nosotros estamos convencidos de que Europa ha hecho en el terreno económico y financiero más de lo que su economía puede soportar, aunque todavía que-

de bastante que hacer en el terreno moral e intelectual. Frente a la dureza de los hechos, la única alternativa aceptable para el Continente es la unión de Europa, si hay que llegar a un estado último de seguridad. Esta seguridad — terminó diciendo — es el producto de tres fuerzas combinadas: economía, moral y efectividad militar; pero no la suma de ellas. Hay que multiplicarlas por sí mismas y esto significa que si una de ellas está en cero, el conjunto será cero también.”

Y añadía el General: “No seré yo quien minimice las numerosas dificultades que se yerguen ante este plan. Pero estamos en una nueva edad. La revolución social está en marcha en el mundo y creo que las viejas tradiciones, las antiguas prácticas y los afectos de antaño tienen que ser reajustados; hay que buscarles y encontrarles nuevas respuestas... He hablado con muchos gobernantes europeos y me gustaría encontrar uno que no creyera que la unión política y económica de Europa sea una necesidad.”

Es decir, el General Eisenhower ve la seguridad del Occidente europeo sólo sobre la base de la fuerza combinada, de su economía, su moral y su potencial militar; como camino para alcanzarla, la Unión Europea.

Nosotros hemos ya esbozado unas consideraciones—más no podíamos hacer—sobre diversos aspectos políticos y económicos europeos. Queremos ahora hacer otro tanto en el terreno militar. Con ello cubriremos las etapas de nuestro pensamiento, que, por feliz coincidencia, está de acuerdo con el de Truman y Eisenhower, en Wáshington y París, respectivamente.

* * *

Como consecuencia de las ganancias obtenidas al terminar la guerra mundial y las conseguidas en la guerra fría, Rusia se encuentra rodeada de un cinturón protector de Estados satélites, que unen sus fuerzas militares a las ya de por sí muy poderosas de la gran Rusia. Sólo el Sur de su inmenso territorio carece de aquella protección, si bien los países limítrofes (con la excepción de Turquía) son estados neutrales y algunos hasta simpalizantes. El Norte lo cubre el helado Artico.

Sus colosales fuerzas terrestres, apoyadas

por numerosa y moderna aviación, así como la mayor flota submarina—no diremos en cambio la mejor—del mundo, capacitan a Rusia para lanzar un ataque por sorpresa, con éxitos locales inmediatos.

En la defensa, la enormidad del territorio y la dispersión de la industria pesada y de guerra no tiene más contrapartida que la debilidad de sus sistemas de transportes, tanto el ferroviario como el de carreteras o el aéreo.

Al frente de su forma de gobierno autoritario, unos cuantos hombres escogidos, presididos por Stalin, decidirán cuándo, cómo y dónde estallará la gran tormenta, si ésta conviene a sus planes.

Si Stalin se decide alguna vez por la guerra, lo primero a ejecutar será aumentar su potencial; es decir, llegar hasta el Atlántico y el Mar del Norte a través de la Europa Occidental y procurar alcanzar el Indico y el Mediterráneo después de ocupar los países petrolíferos del Cercano Oriente, Turquía y lo que falta de comunizar de la península balcánica. Los hombres y las industrias de Europa, amén del petróleo de Oriente, serían su primer botín de guerra. De un bocado se tragaría Stalin—o intentaría hacerlo—nada menos que toda la Historia Universal.

Pero para ganar Rusia la hegemonía mundial tendría que imponer su voluntad a Norteamérica. Conquistar América con fuerzas terrestres es una utopía sin antes destruir concienzudamente el poder militar y la industria de los Estados Unidos por medio de la aviación estratégica transportadora de un crecido número de bombas atómicas. Las bombas de esta clase son costosas en dinero y tiempo, y hay que suponer que todavía tarde años en disponer del número preciso; después hay que llevarlas sobre el objetivo.

Estados Unidos, como el Canadá, su inseparable aliado, están casi en su totalidad aislados por dos océanos, y en estos mares algunos archipiélagos e islas les sirven de avanzadillas protectoras útiles para el ataque o la defensa. Los países europeos, a su vez, proporcionan protección a Estados Unidos, ya que pueden impedir a los soviets llegar a sus costas del Atlántico. Sólo si fuesen ocupados, además de dominados, se en-

contraría Rusia en mejor posición para la batalla decisiva; pero, aun así, el valor de esta ventaja se vería muy disminuída, porque Estados Unidos podría destruir con las bombas de su aviación estratégica, tanto durante el avance ruso como después, las instalaciones industriales y la mayoría de los recursos que constituyen la fortaleza de Europa.

La perspectiva para los países europeos, si fuesen ocupados por los ejércitos soviéticos, nada tiene de halagüeña. Verían sus poblaciones aterrorizadas, sus industrias desmanteladas, primero por la conquista rusa, más tarde por la destrucción causada por las bombas americanas. Para ellos no hay más que un objetivo: asegurar su propia supervivencia. Es fundamental para América y para Europa evitar y prevenir la tercera guerra mundial, haciendo ver claro a Rusia y a sus gobernantes que si la guerra llegase, fatalmente tendrían que perderla. Esta certeza en el éxito del mundo occidental dependerá de la cantidad y calidad de sus fuerzas armadas, de la fortaleza que tenga la organización militar conjunta del Oeste.

La clave del éxito, la seguridad de derrotar a Rusia, sólo se puede obtener neutralizando la principal fuente del poder soviético, su inmensidad geográfica, por medio del arma aérea. El objetivo primario de la aviación estratégica de esta arma aérea es barrer del cielo la Aviación rusa, destruyendo sus bases, factorías y sus fuentes de producción y materias primas. Después vendría completar la obra de destrucción llegando al corazón del territorio soviético con las fuerzas de superficie.

* * *

El Este goza de una unidad de acción, de dirección y de estabilidad política, impuesta férreamente a los países adheridos a la causa comunista. Manda Rusia y sus dirigentes políticos y militares. Los Estados satélites no pueden hacer otra cosa que obedecer. Esto proporciona beneficios al conjunto en general y a la Unión Soviética en particular.

En el Oeste democrático falta la unidad de acción y dirección. Es requisito previo el obtener ambas cosas; naturalmente, nin-

guna nación, con la excepción de Estados Unidos, puede ejercerla con más méritos, como consecuencia de su posición geográfica y a causa de su enorme poder económico y financiero.

Hasta ahora, la NATO no ha llegado a conseguir que cada país participante haya preparado sus defensas adecuadamente, como tampoco ofrece la seguridad de rápidas decisiones ni garantías de una efectiva única conducción de guerra.

Los Estados Unidos tienen razón cuando reprochan a Europa su desunión. Los esfuerzos europeos debieran ser más coordinados si quieren tener a los Estados Unidos propicios a prestar su ayuda, aunque este país comprende que no pueden borrarse de golpe el carácter nacionalista, las variantes de pueblos con raíces históricas tan profundas, aun delante de tan inmediato peligro.

La verdadera solución a la ineficacia de la NATO podría surgir si se reconociese por todos que "no hay defensa contra el imperialismo soviético sin el apoyo y la asistencia americana". Esta es una realidad innegable, que obliga a aceptar la dirección de América en la preparación de la defensa, en la conducción de la guerra, guste o no guste. De igual manera, todos esos países tendrán que reconocer que Europa no la forman ellos solos; hay otros con tantos o mayores méritos que están excluidos de manera injusta de aquella Organización.

Ahora bien, la dirección americana no quiere decir, naturalmente, que los países aliados o amigos sean excluidos de ser consultados, o de que no puedan imponer sus puntos de vista en la defensa de sus particulares intereses, si por razón de sus esferas de influencia en el concierto internacional o por motivos de especial situación geográfica se ven a ello obligados.

Para evitar la agresión rusa, o para detenerla si ésta ocurriese, es indudable que el mundo occidental debe tener en potencia las fuerzas armadas necesarias y ser, además, tan fuertes como para impedir que Rusia y sus satélites logren con facilidad sus primeros objetivos.

Entre aquellas fuerzas hay que poseer eficazmente preparadas las fuerzas aéreas estratégicas que abran la contraofensiva inmediata contra el potencial de guerra ene-

migo, así como las fuerzas aéreas tácticas que, en estrecha cooperación con las terrestres, les presten el apoyo preciso para compensar la diferencia del número de hombres en el campo de batalla y barran del cielo la aviación táctica del contrario.

El cálculo del número, tipo y calidad de las fuerzas armadas occidentales vendrá determinado por el de que disponga el presunto enemigo, cosa que es función, igualmente, del grado de preparación y armamento que posean. En Europa, por razones obvias, de las cuales no son las menos importantes las de tipo económico y moral, hay que ir a obtener "el máximo efecto con los menores efectivos". Lo contrario sucederá en el campo opuesto, donde se dispone del factor humano abundantemente y en donde las pérdidas de hombres no les afectará tan grandemente como las que sufran en material de guerra o en los sistemas de comunicaciones. El Ejército europeo tiene que ser extraordinariamente móvil, rápido, entrenado y dotado del armamento más moderno. Es la única compensación a la superioridad numérica del adversario.

La creación del Ejército europeo es una necesidad de orden principal, propugnándolo en primer lugar, con más interés que nadie, los Estados Unidos. Los países del Occidente europeo, algunos de ellos vecinos de las regiones ocupadas por el Ejército soviético, y, por tanto, los primeros en sufrir las consecuencias de la invasión, no parecen demostrar mucho entusiasmo; otros intentan ocupar lugares de predominio en la composición del mismo; otros se empeñan en discutir modos y procedimientos de organización. Mientras tanto, el General Eisenhower no ha cesado de clamar para que el "plan de fuerzas" de la NATO alcancen las treinta o cuarenta divisiones pedidas para 1952 y lleguen en 1954 a las sesenta o setenta que se consideran indispensables. Preconiza igualmente y es un entusiasta defensor de la inclusión de diez o doce divisiones alemanas en el conjunto del Ejército europeo.

En Roma, durante la reunión de la NATO en el pasado mes de noviembre, habló claramente del programa a seguir, censurando con palabras acres la pasividad de los países que van retrasados en sus preparativos militares. Las disculpas de éstos se

apoyan principalmente en presentar su penuria en hombres, en dinero, en material de guerra, cuando, en realidad, fundamentalmente son las discrepancias que surgen entre ellos cada vez que se intenta llevar a cabo la creación de un ejército común.

La situación de la Europa del Pacto del Atlántico aparece cada día más indecisa, más vaga. Los franceses, creadores del Plan Pleven, lanzaron, aunque sin gran entusiasmo, la idea de un Ejército europeo; los ingleses, que no les encanta la unidad europea, tráfaron de refrenar aquella propuesta; los alemanes, por su parte, creyendo que ello no traería consigo un plan de igualdad y que los perjuicios materiales serían los primeros en sufrirlos, no mostraron interés alguno en servir sólo de proveedores de soldados.

Las naciones más pequeñas han seguido líneas de conducta similares, aunque argumenten con otras razones. En estas condiciones, ¿cómo es posible constituir un Ejército eficiente, fuerte, de moral elevada? ¿Cómo podrá lograrse un Ejército europeo cuando alemanes e ingleses se muestren fríos e indiferentes y cuando los franceses, lanzadores de ideas, temen la fuerza del vecino teutón, que podría ser su aliado, su muro de contención?

Aun dando por supuesto la constitución de ese Ejército, ¿quiénes serían los que aportasen más moral, más iniciativa, más conocimientos del arte de la guerra?

* * *

Dos guerras mundiales sin paralelo alguno en cuanto a efectivos y a sacrificios con los pasados conflictos, no han hecho más que confirmar lo que siglos anteriores habían enseñado: que hay países rectores y otros que deben ser regidos.

Dividiremos a Europa en tres grandes agrupaciones de acuerdo con la geografía, la parte histórica de cada una e influencia ejercida en el proceso evolutivo de la civilización.

Grupo Mediterráneo—Incluiremos en este grupo los países nacidos después de la caída de Roma. Tres principales disputaron a través de largas luchas la hegemonía o predominio: Francia, España y el Imperio oto-

mano. Condiciones especiales hicieron que la historia militar de Italia o Grecia, continuadoras de imperios gloriosos, no tuviesen el brillo ni la importancia debida hasta tiempos muy recientes.

Francia.—País de encrucijada y de paso de corrientes mediterráneas y europeas, fué uno de los que impusieron a Europa, casi sin alternativas, el imperio de su voluntad o de su inteligencia. Hasta la derrota a manos del Ejército alemán en 1940, el prestigio nacional y el de su Ejército se mantuvo a gran altura. El materialismo económico, la pérdida de virtudes clásicas nacionales, la actuación de partidos políticos demagógicos, hicieron que su Ejército no fuese mirado por extraños ni atendido por los propios con el cariño que su gloriosa tradición merecía. La fulminante derrota del 40 fué la consecuencia de veinticinco años de labor negativa por parte de aquellos que creían con ciego fetichismo en el pacifismo, como medio de conservar la paz.

A pesar de que la patria fué salvada (más por los Ejércitos extranjeros que por los nacionales), Francia no puede recuperar lo ya perdido, porque las condiciones políticas del mundo en general, y la europea en particular, difieren notablemente de las que regían en el momento de ruptura de hostilidades. Son dos las causas: primera, estamos en el comienzo de la agonía de los Imperios coloniales. Francia no puede ser una excepción; segunda, la influencia que ejercía de hecho en los países europeos (Polonia, Yugoslavia, Rumania, etc.) ha desaparecido completamente bajo la tiranía moscovita. Le resta todavía, pero en período de discusión viva y con problemáticos resultados, la que ejerce en la cuenca mediterránea y países del Norte de Africa: Túnez, Argelia y Marruecos.

No obstante, el país galo, por su situación geográfica, recursos naturales y por la cultura de sus habitantes, puede y debe jugar en Europa un papel predominante si consigue rectificar errores de conducta y logra de nuevo la creación de un Ejército modelo.

España.—España, como Francia, fué durante siglos país de predominio en el concierto europeo. Su más excéntrica situación continental, la aventura atlántica de los descubrimientos, la colonización de América, y,

por último, la pérdida de nuestras posesiones ultramarinas trajeron como consecuencia, primero, una despreocupación por los asuntos al norte de los Pirineos, y más tarde una desgana nacional, incluso por los asuntos internos del país.

El pasado siglo y unos cuantos lustros del actual son lastre difícil, aunque no imposible, de soltar, como por fortuna está ocurriendo desde que, como consecuencia de la Guerra de Liberación, la conciencia nacional ha despertado con el vigor y la energía tradicionales en el pueblo hispano.

Hoy interesa en España cualquier conmoción que se registre en el mundo, y más concretamente si ocurre en Europa, América o el Norte de Africa.

Ahora bien, el interés por una cosa no significa por sí solo la obtención de la misma, más es el motor que sirve para ello. En el caso español, interés y motor fueron parejos en su objetivo de vencer al comunismo. Este mismo objetivo es el que hoy tiene el mundo occidental. En este sentido fué España la precursora y a ella le cupo el honor de haber sido la primera en obtener la victoria en el campo de batalla.

A los españoles les correspondió, pues, la iniciativa, y hoy tienen la fuerza moral, aunque a otros les toque el poner en juego su fuerza material. Sería grave error prescindir de España en estos tiempos de cruzada anticomunista por las siguientes razones: 1.ª Su antigüedad en la lucha activa contra aquella idea. 2.ª La consistencia y fortaleza moral de su pueblo, respaldada por ideales religiosos y humanos, sin sombra de apetencias materiales. 3.ª Su categoría de fundadora de pueblos o nacionalidades. 4.ª La influencia extraordinaria que ejerce sobre el mundo de habla hispánica y que también posee en la comunidad de naciones del mundo islámico. 5.ª Su situación estratégica extraordinaria, en una área de vital importancia para la guerra entre Oriente y Occidente.

Fuerza moral, prestigio y posición geográfica son los pilares sobre que se asienta la fortaleza militar de España, aunque estos méritos se quieran ignorar por países ciegos de rencor o temerosos de un resurgimiento del espíritu hispánico.

Turquía.—Dueña de una posición clave

parecida a la de España, en el otro extremo del Mediterráneo, la Turquía actual es continuadora de las tradiciones guerreras del imperio otomano.

Su dominio del Bósforo, la proximidad a las zonas petrolíferas del Oriente próximo y el hecho de ser fronteriza del territorio soviético, convierten a aquel país en una de las futuras víctimas de la agresión rusa.

Las virtudes del pueblo y de sus gobernantes, aparte de la ayuda moral que le prestaron las Potencias occidentales, hicieron el milagro de que fuese respetada por la ambición de Stalin y de sus Ejércitos victoriosos cuando se produjo el derrumbamiento del Eje. Sin embargo, su posición geográfica es débil a causa de la vecindad con el coloso soviético y por su situación excéntrica del verdadero teatro europeo de guerra. Difícilmente impedirá la invasión de su territorio europeo o asiático una vez puesto en marcha el mecanismo de guerra ruso.

Pero la determinación del pueblo turco a resistir la agresión no hará cosa fácil ni ha-cedera la empresa de su conquista, pues dispone de un Ejército duro, bien instruído, muy eficiente. En aquella parte del mundo, tan interesante por diversos conceptos, es hoy el único país capaz de enfrentarse con garantías de éxito final ante el poderío soviético. Turquía podría ser el caso repetido de la heroica Finlandia.

Grupo Centro-Europeo.—En el Occidente de Europa dos países tienen esta categoría histórico-militar: Francia y Alemania. Pequeños países como Suiza, Luxemburgo, Bélgica, Holanda y Dinamarca son importantes en el aspecto económico, industrial y cultural, más sus escasas dimensiones como su población reducida no los capacitan para ser considerados militarmente. Suiza podría jugar un papel interesante convertida en un bastión bien fortificado, aunque aislado, en el mar alborotado de la llanura europea si ésta fuese invadida por la marea soviética.

Francia fué ya incluída en el grupo mediterráneo. Queremos ahora combinarla con el problema alemán, ya que sola, aislada, no podrá jugar el papel que le correspondería ante el peligro moscovita. A nuestro entender, no puede, no debe haber en estos momentos históricos una "dualidad" de intereses o de pensamiento ante la "unidad" del

adversario. Sería el suicidio colectivo. La suerte de Francia y de Alemania tiene que ser idéntica, como idéntico es el peligro. Si la llanura alemana fuese recorrida por la horda comunista, ¿qué quedaría de la Francia actual? ¿Cuál sería su régimen de gobierno, su porvenir de nación civilizada? Un régimen comunista sometido al capricho soviético la convertiría en un país esclavo, envilecido y arruinado.

Es incomprensible el espectáculo que se está produciendo en la política francesa. Temen al alemán, agresor de su suelo por tres veces en menos de un siglo, pero nadie se acuerda de que durante centurias ha sido Francia la sojuzgadora de Alemania.

A mediados de febrero, el Parlamento francés enfebrecido discutió la creación del Ejército europeo, y se opuso a la lógica inclusión de Alemania y de sus unidades militares (todavía por crear) dentro de la NATO. El Gobierno, sin timón, iba a la deriva, navegando en un mar tan agitado como nunca lo ha tenido la historia de Francia: guerra de Indochina, desórdenes en Túnez, agitación en Marruecos, inflación monetaria, caída de la moneda, infiltración peligrosa del partido comunista, desilusión y apatía del pueblo por el futuro... ¿Se puede pedir más graves problemas a una nación?

En esta situación, no se explica uno que los estadistas franceses pretendan ser en Europa el armazón de la NATO y que sea Francia la nación europea que acapara la primacía de la defensa del Continente. Sin espíritu de lucha en sus masas, sin un Ejército propio poderoso, sin los gobernantes que tuvo en épocas anteriores, sin sus antiguos aliados europeos, hoy en poder de Rusia, la situación del poderío político-militar de Francia es infinitamente inferior a la de los días que precedieron a las guerras del 14 y 39.

El complejo alemán sigue dominando la política exterior francesa con mucha más intensidad que las amenazas reales que plantea el comunismo ruso, está destrozando el prestigio francés ante el mundo y puede acarrearle la pérdida de la confianza depositada por Norteamérica, como base de operaciones para sus Ejércitos en Europa.

La Alemania actual, diferente políticamen-

te de la de Hitler es, sin embargo, geográficamente, la misma de siempre, porque la Geografía impone sus mandatos. Ocupada por los Ejércitos vencedores, fragmentada en dos porciones, sin verdadera categoría internacional, ya que para ello necesitaría los órganos precisos—independencia política y económica, Ejército, libertad de acción y pensamiento, etc.—, el “ente” alemán está renaciendo, como el Ave Fénix, de las cenizas a que fué reducido en la guerra. Y no precisamente porque su renacimiento se produzca a lomos de su fuerza militar, de que carece, sino porque se ha llegado a la conclusión de que la situación mundial aconseja imperiosamente dotarla de aquella fuerza.

Sin Ejército mandado por oficiales alemanes, el Gobierno Adenauer no dará un paso por acelerar la recluta de los ciudadanos germanos, ni el pueblo, con razón, se prestará a ello. Sin Ejército bien pertrechado, instruído, moderno y capaz, no puede defenderse Alemania ni, por tanto, asegurar la defensa del resto de Europa occidental. Hay un imperativo categórico que no puede eludirse, cual es la defensa de la civilización actual. Si esta defensa tiene que ejercitarse en suelo europeo es imposible de todo punto prescindir de un pueblo que la mano de Dios colocó a vanguardia, como frontera entre el mundo oriental y occidental.

Más sea el que quiera el porvenir político de Alemania o lo que sobre a la organización de la defensa europea decidan los países occidentales, existe un hecho cierto: No hay defensa de Europa sin Alemania. Luego es preciso crear en este país el órgano de la defensa. Después vendrá el saber dónde incluirlo; en qué pacto o bajo qué autoridad supranacional tenerlo.

Grupo nórdico o extraeuropeo.—El papel predominante lo ejerce de modo único la Gran Bretaña. Noruega, país aliado del inglés tradicionalmente, cuenta poco militarmente. Suecia no quiere formar parte de ningún sistema colectivo de defensa ni aliarse a ningún género de coaliciones. Islandia nada vale militarmente, aunque su posición geográfica es extraordinaria.

Inglaterra, pues, es el punto neurálgico de esta zona excéntrica europea, siendo además el poder militar más fuerte (después de los Estados Unidos) de todos los países del

bloque occidental. Su tradición naval, consecuencia lógica de su situación geográfica, hizo que su política en el transcurso de la historia no siempre haya coincidido con los intereses europeos; muchas veces han sido opuestos.

Enemiga número 1 de la Alemania del Káiser y de Hitler, a Inglaterra le preocupará siempre la suerte de Europa, pero no se considerará nunca un país europeo. Defenderá a alguien—país o grupo de países—que se bata en los campos europeos, pero se opondrá siempre a que uno de ellos—Alemania, Francia, España o Rusia—obtenga la hegemonía del Continente.

Es admirable la dosis de sentido político que posee el pueblo británico. Igualmente lo es la cautela de sus gobernantes. Audacia, decisión y sangre fría son características bien probadas de la raza anglosajona en el transcurso de la Historia, que siguen sin perder actualidad. Construir un Imperio como el Imperio Británico es cuestión de siglos: Guerras, combinaciones o alianzas con otros países, habilidad política de los gobernantes y potencia militar fueron los pilares en que se apoyaron para lograrlo. Para ello lucharon políticamente o con las armas con la mayor parte de los países europeos, o no tuvieron inconveniente en desunirlos o hundirlos económica y militarmente. Fué, pues, una creación—el Imperio—extraeuropea, y en verdad sigue siéndolo en la actualidad.

Los tiempos, sin embargo, han cambiado también para el pueblo inglés. De primera potencia naval del universo ha pasado a un puesto segundón en el dominio de los mares. Asimismo ha retrocedido en su predominio económico, financiero y, por tanto, político. Sigue siendo aún la poderosa Albión, pero sin cetro universal, que ahora detenta otro país: los Estados Unidos de América.

Extraeuropea también, ha aparecido otra potencia que pretende ejercer sobre Europa un dominio aún más absoluto que el ejercido durante más de una centuria por la Gran Bretaña. Esta potencia, Rusia, tiene además cuentas viejas que saldar con aquella otra, que en diversas ocasiones le impidió lograr aspiraciones nacionales.

Inglaterra impugnó siempre una unión europea, porque esta unión iba contra sus intereses. Hoy sigue repugnando la idea, e incluso se opone a la perspectiva de creación

del Ejército europeo; desea aparentemente que sean sólo los países europeos los que intenten la Federación, como dijo Mr. Eden —figura altamente representativa de la clase dirigente de su país— en la Universidad de Columbia: Los Estados Unidos no debían pedir a Gran Bretaña que se integre en una Federación europea; “es algo que llevamos en nuestros huesos; no podemos hacerlo”. Inglaterra no se considera país europeo, sino insular; su Commonwealth abarca todas las latitudes del planeta. Por eso Europa le interesa de un modo relativo, siempre que no se oponga a su sentir imperial. Dudamos que esta idea sea razonable ni aun conveniente para los ingleses en plazo no lejano. Los grandes imperios están condenados a morir por razones de todos conocidas, aunque estén tan bien asentados y organizados como el británico.

Rusia está contribuyendo, con su propaganda irredentista sobre los pueblos dominados, a romper los lazos de unión entre los países coloniales y las Metrópolis. Por su parte, las ideas de independencia ganan pro-

sélitos cada día, conforme los pueblos sometidos van contando con minorías aptas capaces de gobernarlos. En estas condiciones, los problemas de mando o de dominio no hacen más que amontonarse, llegando a producir un serio malestar mundial difícil de atajar en esta paz precaria que disfrutamos, e imposible de evitar si ocurriese una nueva conflagración.

Haría un gran favor el pueblo inglés al mundo occidental, haciéndoselo a sí mismo, con una rectificación de conducta. Incorporándose de corazón al acervo común, sintiendo, obrando y marchando al unísono de Europa, en espíritu, en iniciativas, en intereses materiales. Esta rectificación daría como consecuencia inmediata una integración más completa del Continente. Los problemas ideológicos en pugna encontrarían mejores soluciones, proporcionarían más fortaleza a la cultura a que pertenecemos, se conseguiría una unidad de pensamiento y de acción creadora, que es lo que verdaderamente necesita Europa ante la unidad del mundo Oriental puesto en marcha.



Aviones "Vampire" en el Aeródromo de Villacoublay durante unos ejercicios de la N.A.T.O.